

ÁNGEL SANZ BRIZ, EL ÁNGEL DE BUDAPEST: UN HÉROE INTERNACIONAL PARA UNA NACIÓN ESPAÑOLA SIN HÉROES

MARÍA ELENA SOLIÑO

Universidad de Houston

Resumen: Este ensayo ofrece un análisis del telefilm *El Ángel de Budapest* con la intención de situar su trama dentro del marco histórico del primer franquismo. Se examinan las técnicas narrativas que utiliza el director Luis Oliveros para situar su film dentro del marco de films sobre el Holocausto siguiendo el modelo de *Schindler's List*. El caso de Ángel Sanz Briz nos enfrenta a la pregunta ¿Puede ser héroe nacional alguien que representa a un estado anti-heroico?

Palabras clave: Ángel de Budapest, Ángel Sanz Briz, Holocausto, memoria histórica, Televisión Española

Abstract: This essay is an analysis of the made-for-TV movie *The Angel of Budapest* that situates its plot within the historical framework of the first decade of the Franco regime. It examines the narrative techniques used by director Luis Oliveros to situate it within the genre of Holocaust films following the pattern of *Schindler's List*. The case of Ángel Sanz Briz begs the question – Can someone who represented a state as unheroic as the Franco regime be a national hero?

Keywords: Angel of Budapest, Ángel Sanz Briz, Holocaust, historical memory, Spanish Television

Tras casi cuatro décadas de dictadura, el estado español, en transición hacia una democracia, tendrá como su gran reto orquestrar una transición no sólo política sino social al intentar pasar de ser un estado oligárquico a una nación unificada. Si anteriormente el estado había conseguido cierta cohesión nacional exigiendo lealtad a España por medios coherivos y que

no dejaban gran espacio para la disidencia, ahora para que la Transición consiga construir una nación democrática a largo plazo, tendrá que inspirar la lealtad y amor patrio de sus ciudadanos, pero por medios voluntarios. Para el estudio de la construcción de naciones y los nacionalismos, son imprescindibles los trabajos de E.J. Habsbawm y Benedict Anderson con la idea de la comunidad imaginada en que la nación es una comunidad que se mueve al unísono a través de la historia. Para los nacionalismos, la historia de una nación se convierte en un ente casi sagrado que comparten los ciudadanos de estas comunidades imaginadas, unidas por una serie de memorias históricas y culturales compartidas. Todos los gobiernos modernos han reconocido el poder de las historias compartidas para crear la cohesión nacional. En cierto modo, de ahí viene el apoyo oficial para la pintura de temática histórica en el siglo XIX y el impulso de crear una industria nacional de cine y cadenas nacionales de radio y televisión en ciertos momentos claves del siglo XX, para crear las imágenes (y los sonidos) que comparte la nación, incluso el gran número de ciudadanos que no acostumbran leer, y reciben sus lecciones históricas por medio del cine y la televisión. Cabe mencionar que dichas historias suelen incluir héroes.

El principal propósito de este ensayo es analizar por qué el diplomático español Ángel Sanz Briz, conocido como el *Ángel de Budapest*, a pesar de su reconocimiento internacional, no es universalmente reconocido como héroe nacional en España. La historia de Sanz Briz sirve de ejemplo del fallo de las políticas de la transición, y en particular el llamado pacto del olvido, en fomentar una memoria cultural compartida por la gran mayoría, que no siga silenciando las vivencias de medio país, elemento primordial a la hora de construir una nación. En particular, analizaremos el éxito del telefilme de 2011, *El Ángel de Budapest* (Luis Oliveros) como intento de honrar la memoria del heroísmo del diplomático español, pero también cómo los méritos personales de este héroe internacional paradójicamente acaban ilustrando el uso interesado de la historia que sigue perpetuando, igual hoy que durante el franquismo y la transición, el mito de que España actuó de forma heroica en el rescate de judíos durante el Holocausto.

La nación es una idea cambiante, es un proyecto narrativo, ya que como nos recuerda Nuria Triana-Toribio, “[u]na nación no es nada sin las historias que se cuenta a sí misma”(2003:6) y las historias que construyen la nación se modifican según las necesidades del estado. El franquismo se mostró experto en modificar la historia según sus necesidades, transformando la guerra civil en una gran cruzada, re-escribiendo textos escolares, erigiendo monumentos e imprimiendo su estampa en las ciudades, cambiando nombres de calles con múltiples Avenidas del Generalísimo.

Y aquí el primer gran tropiezo de la Transición – ¿cómo representar la historia del siglo XX en España ante el llamado Pacto del Olvido, si el

propósito firme del gobierno de Transición fue el de no permitir que se procesaran los crímenes políticos del franquismo? Se presentan como valores enfrentados la necesidad de mantener la paz contra el clamor por la justicia. Antonio Muñoz Molina explica que: “La historia proscrita por el franquismo fue una historia simplemente abandonada por la democracia” (2006). Santos Juliá resume el dilema del lugar de la historia en la nueva democracia con las siguientes observaciones: “Una de las grandes cuestiones de nuestro tiempo ha tenido como objeto el pasado, qué hacer con el pasado” (2009:303). La cuestión no sólo incumbe a la nueva democracia española. “No es pregunta ociosa o casual, sino obligada por la exigencia de construir unos Estados que no podían encontrar en su historia reciente las raíces de su legitimidad” (303).

España no ha llegado a condenar a nadie por crímenes de la Guerra Civil ni de la postguerra, pero tampoco ha podido producir uno de los elementos fundamentales para el mantenimiento de la comunidad imaginada. El siglo XX español no tiene héroes, seres en cuyas personas se encuentran reunidas las principales virtudes y valores que aprecia una nación unida. En 1975, e incluso ahora, hay una ciudadanía tan dividida que quien es héroe para uno, es un criminal asesino para otros. La creación de héroes nacionales había funcionado en otros momentos claves transicionales para la nación española. En la llamada Guerra de Independencia surgen las figuras de Agustina de Aragón y los héroes de 2 de mayo, encabezados por los militares Daoiz y Velarde que inspiran al pueblo en apoyo del rey y la Iglesia. La mayoría de los españoles comparten y aceptan estas memorias culturales sin cuestionarlas y solo una minoría estudia la época con profundidad.¹ Ya en el siglo XX aumenta el número de conmemoraciones y tributos a los héroes para fomentar la regeneración tras el desastre de 1898. Bajo el gobierno de Miguel Primo de Rivera, el cine también empieza a ofrecerle héroes nacionales a un público que no lee, en su intento de “hacer españoles.” Uno de los directores más célebres del cine español, Florián Rey, ya expresó en 1929 que “sin cinematografía no hay nación” (García Carrión, 2007:89). Ese mismo año Rey lleva a la pantalla *Agustina de Aragón*. Franco, como Stalin, Mussolini y Hitler, estaba obsesionado con el poder del cine y su habilidad para moldear las actitudes del público. Por este motivo el gobierno estableció controles estrictos para las representaciones cinematográficas de la Guerra Civil y sus consecuencias. Desde el punto de vista de Franco, el cine no era solamente arte o entretenimiento. Tenía que servir un fin político: hacerle propaganda al estado. Los largometrajes desdibujan las líneas entre el entretenimiento y

¹ Los historiadores serios estudian la guerra de 1808-1813 como una guerra civil. Véase Álvarez Junco, José, (2001), *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus o Moreno-Luzón, Javier, (2007), “Fighting for the National Memory: The Commemoration of the Spanish ‘War of Independence’ in 1908-1912,” *History and Memory* 19:1, 68-94.

la propaganda. El cine franquista en los 1940 produce cine bélico, para así reescribir la historia de la Guerra Civil para el gran público, entre los films más notorios, *Raza* (José Luis Sanz de Heredia, 1942), con un guión escrito por el propio Franco bajo pseudónimo que ofrecía la imagen de un militar, muy similar a su imagen idealizada, como héroe nacional. A diferencia de estos momentos de transición política/social, cuando los regímenes pudieron construir héroes, la Transición de 1975, con su pacto de silencio, sólo ha podido destruir los héroes falsos del pasado, sin construir nuevos, dada su inhabilidad de incorporar la historia reciente al discurso público nacional de forma eficaz.

Pero si en España no tenemos héroes modernos, en el ámbito internacional sí hay españoles que se consideran heroicos – uno de ellos es Ángel Sanz Briz. En agradecimiento por haber salvado a unos 5.200 judíos húngaros de los campos nazis de exterminio, el 18 de octubre, 1966, Ángel Sanz Briz fue reconocido por Yad Vashem como *Justo de las Naciones*. En 1994 su viuda, Adela, recibe la Cruz de la Orden del Mérito de la República Húngara y se instalan unas placas conmemorativas en la sinagoga de Budapest, otra en la embajada española de esa ciudad y también en el Parque Esteban I. Su Zaragoza natal con el tiempo también le erige un busto. En Budapest una calle lleva su nombre y en Madrid una avenida.

Es innegable que sus acciones personales fueron heroicas cuando las tropas alemanas ocuparon Hungría en marzo de 1944, y también generosas ya que a falta de fondos ministeriales, contribuyó su propio dinero para alojar y alimentar a los judíos a quienes pudo refugiar. La actividad de Sanz Briz tuvo lugar principalmente en el otoño de 1944 cuando con la guerra ya perdida, los nazis, ayudados de los fascistas húngaros del partido de la Cruz Flechada, intentaron exterminar a todos los judíos húngaros. Cuando recibe órdenes de Madrid de abandonar la delegación, confía en Giorgio Perlasca para que este ex-combatiente italiano de la Guerra Civil continúe su labor. La primera iniciativa de salvar a los judíos no había llegado ni de Madrid ni de Budapest, sino de Marruecos cuando el 15 de junio, 1944, el General Luis Orgaz aprobó la petición de los judíos marroquíes de rescatar a quinientos niños judíos para recibirlos en Marruecos. Dada la imposibilidad del transporte, los niños permanecieron en Budapest bajo la protección de la delegación española, de esa forma implicando de forma directa a Sanz Briz, que había quedado a cargo de la delegación como encargado de negocios a partir de la expulsión del ministro. El 21 de agosto de ese mismo año, el nuncio papal, el padre Angelo Rotta inicia una serie de protestas contra las atrocidades cometidas a todo aquel que tuviera antepasados judíos, documento que firma Sanz Briz, y también los representantes de Suecia, Suiza y Portugal.² Por fortuna, las instrucciones que recibiría Sanz

² El texto de este documento se encuentra en la obra reciente de Erzsébet Dobos, 2015.

Briz de Madrid para que moderara su postura anti-nazi, se habían demorado y pudo proceder sin desobedecer órdenes.

La situación para los judíos húngaros empeoró a partir del cambio de gobierno orquestrado por los alemanes el 15 de octubre en que el regente Miklós Horthy fue reemplazado por el fanático pro-nazi Ferenc Szálasi. Dentro de España, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, José Félix de Lequerica, entendió que tras la liberación de París, España debería ganar méritos ante los aliados, distanciándose de los fascistas. En realidad, durante casi toda la Segunda Guerra Mundial, el gobierno de Franco había colaborado con ambos partidos, para así intentar asegurar su sobrevivencia una vez terminada la guerra. La participación de diplomáticos españoles en el rescate de judíos le brindaba una gran oportunidad para representar a España como régimen humanitario, que había estado dispuesto a enfrentarse a los nazis. En 1949 la Oficina de Información Diplomática, emite un folleto titulado *España y los judíos* en que se lee: “España, imbuida de su espíritu cristiano y universal de amor a todas las razas de la tierra contribuyó al rescate de judíos y procedió más por intereses espirituales que por razones políticas o simplemente jurídicas. La ayuda de nuestro gobierno no sólo se extendió a los sefarditas dispersos por los continentes, sino también a todos los judíos cuando se presentó la ocasión, sin considerar su nacionalidad o el lugar en que se hallaban” (Baer, 2011:96).

Esta afirmación que se usó para perpetuar el mito de que el estado franquista había contribuido de forma sistemática a rescatar a judíos del Holocausto es falsa, incluso si se estudian los casos en que individuos judíos consiguieron cruzar la península, rumbo a América o el Norte de África, sin grandes molestias, lo cual no fue el caso de la mayoría. Pensemos en el caso de Walter Benjamin, que ante la desesperación de encontrarse con negativas cuando por fin alcanzó la frontera española, se suicidó en Portbou antes de tener que regresar a la Francia ocupada. Incluso en el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán no comprendían la paradójica política española hacia los sefardíes: “resulta incomprensible la razón por la que el gobierno de España, por un lado, dice que se trata de españoles, y por el otro, sin embargo, declara que estos españoles no deben entrar en España” (Baer, 2011:44). Para agosto de 1944, 37.000 judíos habían atravesado España, con diferentes suertes. Algunos sufrieron reclusiones en campos españoles, otros recibieron un plazo de sólo tres días para completar el viaje, muchos tuvieron que esperar en la frontera hasta que el grupo precedente saliera de España, pero muy pocos pudieron instalarse en la península. Estas cifras se manipulan para lanzar una campaña de desinformación por parte del régimen al terminar la guerra “donde la labor de ciertos cónsules se confunde con la política del régimen” (Israel Garzón, 2007:37). *España y los judíos* describe las acciones de individuos como Ángel Sanz Briz, no del estado a quien representó toda su carrera. Después de la guerra, a la hora de

paliar la imagen fascista de España, fue oportuno enviar a este héroe del Holocausto a puestos en Estados Unidos, donde cumplió sus funciones en San Francisco y Washington.

La delegación española en Budapest no fue la única en rescatar a judíos. Los diplomáticos españoles por todo el continente le brindaron pasaportes españoles y salvoconductos a los sefardíes, incluso en Berlín. Los méritos, así como las represalias sufridas, de los diplomáticos de Francia, Alemania, Italia, Grecia, Bulgaria y Rumanía, están ampliamente documentados por Diego Carcedo en *Entre bestias y héroes* (2011) y Jacobo Israel Garzón con Alejandro Baer en *España y el Holocausto* (2007). El caso de Ángel Sanz Briz en Hungría destaca sobre los demás ya que tomó la iniciativa de salvar a cualquier judío, sin necesidad de que fuera sefardí y también tuvo éxito en salvar a un grupo tan numeroso. En Budapest de los 390 pasaportes, muchos de ellos familiares, y 1900 salvoconductos, sólo 45 eran para sefardíes, los únicos que se hallaban en Budapest donde la población judía era askenazi. Los historiadores como Stanley Payne calculan que Sanz Briz pudo proteger a unos 2.300 judíos en Budapest y que las visas y salvoconductos que expidió permitieron el tránsito de entre 500 y 1.200. El número habría sido superior con mayor apoyo desde Madrid. Ante el avance del ejército soviético, Sanz Briz acata órdenes ministeriales para dejar Budapest en noviembre del 1944, dejando al italiano y antiguo combatiente de la Guerra Civil, Giorgio Perlasca, a cargo de la delegación (Payne, 2007:229-231).

Si el Estado español ha mantenido en el olvido gran parte de su historia del siglo XX, cuando en 1986 ingresa en la Unión Europea y también establece relaciones diplomáticas con Israel, el último estado europeo en dar su reconocimiento, debe compaginar la representación de su historia frente al Holocausto con la de los demás países de occidente con el mandato de nunca olvidar los horrores del pasado para que la historia no se repita. Pero no fue principalmente el ingreso en la UE, sino más bien el interés por el Holocausto en los medios globales de comunicación que inspira interés en el público español. Los españoles conocen el Holocausto principalmente por documentales americanos e ingleses y más que nada por películas como *La lista de Schindler* (*Schindler's List*, 1993) de Steven Spielberg y *La vida es bella* (*La vita é bella*, 1997) de Roberto Benigni. En 2011, España presenta su propia película sobre el hombre que presentan como el Schindler español, el telefilm *El Ángel de Budapest*, una coproducción hispano/húngara dirigida por Luis Oliveros y basada en la novela *Un español frente al Holocausto* del periodista Diego Carcedo. Programado en *prime time* el 22 de diciembre de 2011, *El Ángel de Budapest* fue la ficción española de mayor cuota televisiva del año. También fue premiada tanto a nivel nacional como internacional.

Para que quede clara la comparación directa con *La lista de Schindler*, la portada del DVD añade que el film se basa en hechos reales sobre el

“Schindler español” con lo cual el público ya recibe indicios sobre la historia que verá. La familiaridad del público con la fórmula del héroe que rescata a las víctimas también conlleva ciertos retos en cuanto a la formulación de la trama, ya que toda buena narración se nutre de alguna dosis de suspense, sin la cual el público se aburriría o sentiría que simplemente le están dando una lección de historia porque ya sabe el final. En este aspecto, el triunfo del film le debe mucho a los componentes húngaros de esta coproducción.

A diferencia de la novela, el telefilm inserta una historia de amor entre un joven judío, Antal y Sophie, una joven húngara cristiana cuyo hermano, Lajos, se ha aliado a los cruzflechados. La historia de amor que distancia este componente de la trama de la parte más documental del film, a la vez que añade el suspense necesario, inserta los traumas de la guerra por parte húngara. En esta historia secundaria, aunque Lajos al principio participa del sentimiento antisemita que se ha apoderado de Budapest, su actitud cambia al presenciar la brutalidad de sus compañeros que después de asesinar a Antal, también liquidan a Sophie cuando ésta le llora. Ante la muerte de su hermana, el joven fascista húngaro se enfrenta a los nazis, produciendo su propia muerte. El público presencia una evolución en Lajos. La cámara le había seguido mientras patrulla las calles e incluso cuando con sus amigos orina sobre los cadáveres de judíos, humilla a un anciano judío que luego es salvado por Sanz Briz, pero también cuando amenaza a su antigua compañera de clase, Eva Lang, pero tampoco es capaz de hacerle más daño del que ya estaba pasando. Lajos muere en repulsa a los nazis a quienes anteriormente se había afiliado. Este grupo de jóvenes alegorizan a la nación húngara. Si algunos se equivocaron a la hora de los conflictos, y con consecuencias trágicas tanto a nivel personal como nacional, otros, como la propia Sophie, fueron valientes y justos. Sophie incluso se atreve a llevar la estrella de David de Antal colgada al cuello en señal de amor hacia su novio judío. En cuanto a las conexiones con *La lista de Schindler*, no parece casualidad que Sophie porte un abrigo rojo, insertando un toque de color en las imágenes sombrías de las calles devastadas de Budapest. El abrigo rojo liga a Sophie a la niña judía cuya muerte tanto afecta a Oskar Schindler, y por extensión al público, en la obra de Spielberg. Es uno de los elementos que insertan a *El Ángel de Budapest* en el género de cine sobre el Holocausto, que incluye como técnica la personalización del horror por medio de la conexión emotiva del público con un personaje en particular.

Uno de los grandes logros del film es una representación de los judíos que trasciende la imagen esperada de un pueblo que en las ficciones históricas sobre el Holocausto, suele definirse puramente por su victimización. Eva Lang pugna por salvar a su familia. Antal se une a otros jóvenes, y liderados por el viejo tendero Hoffman, entran en luchas armadas

contra los cruzflechados y los nazis en las calles de Budapest. Incluso plantan bombas en el depósito alemán de municiones.

La visión general del telefilm es de un pueblo húngaro, personificado en los jóvenes sacrificados ante una ideología nazi que los victimiza o los engaña, y una nación española personificada en Ángel Sanz Briz que obra con un gran sentido de justicia y valores cristianos ante los horrores del Holocausto. De ahí surge parte del problema al momento de convertir a Sanz Briz en alegoría de la nación española. El retrato de la nación húngara en la trama secundaria es equilibrado. Hay malos y buenos, algunos reconocen sus errores y son dignos de perdón, mientras que otros se aferran a sus odios. Unos actúan por sus convicciones, otros por equivocación, y muchos por miedo.

Este equilibrio falta en las escenas de la situación delicada de Sanz Briz, quien como diplomático habría jurado alianza al estado que representaba. *El Ángel de Budapest* incluye breves escenas que tienen lugar en Madrid con el ministro de Asuntos Exteriores, Lequerica debatiendo la actitud de Sanz Briz, pero ya el antiguo jefe de delegación, Muguiro, antes de su partida forzosa de Budapest le había avisado a Sanz Briz que el estado español se lavaba las manos como Poncio Pilates, pero es una sola frase dicha de forma precipitada al principio. La advertencia de Muguiro en el film refleja la evidencia documental que ha sobrevivido de la época, salvo que fue un funcionario de la embajada de Berlín, Fernando Oliván, quien ante la inacción de su gobierno, le había advertido a Madrid: “Mal profeta será, si no llega el día en que se nos critique acerbamente el que, sabiendo lo que iba a ocurrir, nos hayamos lavado las manos como Pilatos y abandonando a su triste suerte estos, al fin y al cabo, compatriotas [los sefardíes], sin siquiera elevar la más mínima protesta y sin hacer nada por salvarlos” (Baer, 2006:46).

La mayoría de las escenas del film que se enfocan en las actuaciones de Sanz Briz son puramente descriptivas de las acciones que tomó. En algunas instancias se personaliza el dilema. Cuando Sanz Briz visita a los 500 huérfanos judíos que ahora tiene bajo su responsabilidad, recuerda su propia paternidad, y su preocupación por su hija, y la otra que espera. Sufre por la necesidad de vivir alejado de los suyos por la guerra. También figura el peso de la historia sobre España y la carga de la expulsión de 1492. En una de las primeras escenas en que el público es testigo de un encuentro entre Sanz Briz y un oficial nazi, el diplomático español explica que: “Nosotros no tenemos problemas con los judíos.” Ante la mala reacción del alemán que espera mayor apoyo de un estado aliado, rectifica con “los expulsamos hace 500 años.” Hay momentos en que se señala que las acciones de los diplomáticos eran más humanitarias que las de su estado, como cuando Raoul Wallenberg le llama “una gota de agua en el desierto,” entre reproches de la alianza de Franco con Hitler. Y también hay escenas

en que un Sanz Briz fuera de sí le manda informes (que serán ignorados) sobre los campos de exterminio a sus superiores en Madrid. Sin embargo con su fuerte despliegue de la bandera española, por mucho que sea un componente necesario de la trama, el impacto final del film, es de Ángel Sanz Briz como alegoría de un estado español que fue justo en los momentos más precisos. El personaje de Sanz Briz clama continuamente que rescata a los judíos en nombre del gobierno de España y del general Franco, y el público acaba creyéndole.

En cuanto a la novela *Un español frente al holocausto*, se inscribe dentro de lo que Antonio Gómez López-Quñones llama la “retórica de la anti-ficcionalidad” con “su preocupación por mostrar el origen de la información, por explicarle al lector cómo, quién y para qué se logra un determinado dato posteriormente incluido en la trama” (2006:13 n. 8). Pero por mucho que Carcedo se esfuerce en conseguir un tono neutral, a veces en sus intentos de mostrar la humanidad de Sanz Briz, acaba señalando la dificultad de retratar a España como nación que salvó a los judíos. Como ejemplo, analizaremos una escena que se repite parcialmente en el film. Sanz Briz presencia la quema de libros asociados con la cultura judía. En ambas obras, la hoguera sirve de prefiguración de que los cuerpos humanos también pronto serán reducidos a ceniza. A diferencia del film, la novela de Carcedo se imagina los pensamientos y sentimientos de Sanz Briz. La ofensa de la quema de libros se personaliza al ver que uno de los libros es el *Mishné Torá* de “el sabio español, de religión judía, Moisés Maimónides” (27). Siente orgullo y rabia por lo que considera un tesoro de la cultura española. Pero este filósofo también había sufrido del antisemitismo peninsular que le lanzó al exilio por lo cual Maimónides desarrolló parte de su carrera en Fez antes de trasladarse a Egipto. Puesto dentro de su contexto histórico, la referencia a Maimónides para sugerir que al atacar a los sefardíes se ataca a España no hace más que recordar las injurias del pasado. Pero esta escena también tiene otras resonancias que descubre la hipocresía de considerar a España un país justo entre las naciones. Manuel Rivas titula su novela sobre la represión falangista *Los libros arden mal* porque en España fueron los falangistas que habían vaciado las bibliotecas de la Coruña al principio de la Guerra Civil, también como prefiguración de los muchos cuerpos y almas que serían reducidos.

A veces la historia brinda casualidades ilustrativas. Al investigar la existencia de campos de concentración en España, nos encontramos con el nombre de Ángel B. Sanz, personaje histórico que nos ofrece la otra cara de la moneda en cuanto a la participación de España en el holocausto. Este otro Ángel Sanz era el director general de prisiones durante la guerra civil y los primeros años del franquismo cuando “[n]o existía interés por hacer justicia o aclarar los hechos, sino simplemente por *condenar a los rojos*” (Riquer, 2010:132). Mientras por todo el continente diplomáticos españoles

salvaban a miles de judíos, en la propia España había 194 campos de concentración por los que pasaron más de 490,000 prisioneros. El último clausurado fue el de Miranda del Ebro en 1947 que había sido construido en 1937 con asesoramiento de las SS alemanas.

Las acciones de diplomáticos como Sanz Briz tampoco compaginan con el destino de miles de republicanos y gitanos que con la colaboración del gobierno que representaban estos mismos diplomáticos murieron en los campos nazis. “A partir de agosto de 1940, con la ocupación alemana de parte de Francia, algunos destacados políticos republicanos españoles fueron perseguidos y detenidos por la policía francesa y por la Gestapo y otros muchos empezaron a ser deportados a campos de concentración alemanes. Ya en fecha tan temprana como el 6 de agosto de 1940, ingresaron en el campo de concentración de Mauthausen (Austria) los primeros prisioneros españoles” (Riquer, 2010:211).

Se ha calculado que 8.964 españoles pasaron por los campos con 5.289 muertos, pero sólo son los verificados, se piensa que la cifra real sería de unos 10.000. Unos 35.000 refugiados sufrieron campos de trabajo bajo la organización alemana, Todt construyendo la infraestructura militar del Reich. Por expresa presión del gobierno franquista, los republicanos españoles fueron considerados ‘apátridas’ y llevaron en su uniforme un triángulo azul con las siglas RS (rotspanier), “rojo español”. Curiosamente, en la España democrática ha sido la comunidad judía de Madrid que ha insistido en incluir a las víctimas republicanas y gitanas en sus conmemoraciones del Holocausto, y el estado español que insistentemente ha intentado excluirlos.

No cabe la menor duda que en ese otoño de 1944 las acciones de Ángel Sanz Briz fueron heroicas. Pero por muy heroicas que hayan sido las acciones del Ángel de Budapest, su historia sólo presenta parte de la historia de España frente al holocausto. Sanz Briz dedica su carrera a representar a un país que en los manuales escolares incitaba a los niños con las palabras: “¡Camarada! Tienes la obligación de perseguir al judaísmo, a la masonería, al marxismo, y al separatismo. Destruye y quema sus periódicos, sus libros, sus revistas, sus propagandas. ¡Camarada! Por Dios y por la Patria!” (Carcedo, 2000:104). El mismo Carcedo en 2011 retoma la historia de Ángel Sanz Briz en *Entre bestias y héroes: los españoles que plantaron cara al Holocausto* para dar una historia más balanceada de la época del Holocausto en que resalta el heroísmo de diplomáticos y simples individuos, que supieron actuar con humanidad cuando su estado no supo hacerlo.

El éxito del telefilm *El Ángel de Budapest* nos recuerda que las ficciones históricas son instrumentos para forjar la memoria colectiva, para que los ciudadanos recuerden el pasado de una manera particular que coincida con los intereses de quienes comisionan la obra. A partir del siglo XX, las películas históricas, en particular las que son subvencionadas por el estado,

como es el caso de *El Ángel de Budapest* y TVE, tienen el mismo impacto de los monumentos públicos al convertirse en agentes de memoria.

La historia de Sanz Briz no puede presentarse fuera del contexto histórico de la España del primer franquismo, sin caer en la trampa de utilizar su heroísmo en el Holocausto para paliar el estigma de la asociación de España con el fascismo.³ El caso de Ángel Sanz Briz nos enfrenta a la pregunta ¿Puede ser héroe nacional alguien que representa a un estado anti-heroico? Quizá una parte crucial del Movimiento de la Recuperación de la Memoria Histórica sería no sólo recuperar la memoria de las víctimas del franquismo, sino también lo que Alejandro Baer llama “la memoria del bien” (2007:39). Con *El Ángel de Budapest* se ha dado un primer paso, no sólo de crear un héroe nacional, sino también de buscar en la historia “las raíces de la legitimidad” (Juliá, 2009:303) de una nación en que a pesar de la política, algunos supieron conservar su humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, Benedict (1983), *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, New York, Verso.

BAER, Alejandro (2011), “The Voids of Sepharad: The Memory of the Holocaust in Spain,” *Journal of Spanish Cultural Studies*, 12/1, 95-120.

CARCEDO, Diego (2011), *Entre bestias y héroes: los españoles que plantaron cara al Holocausto*, Barcelona, Espasa.

CARCEDO, Diego (2000), *Un español frente al holocausto: cómo Ángel Sanz Briz salvó a 5.000 judíos*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy.

DOBOS, Erzsébet (2015), *Salvados: Documentos y memoria sobre la protección española en Budapest durante el Holocausto*, Budapest, Globobook.

GARCÍA CARRIÓN, Marta (2007), *Sin cinematografía no hay nación : drama e identidad nacional española en la obra de Florián Rey*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico.

GÓMEZ LÓPEZ-QUIÑONES, Antonio (2006), *La guerra persistente: Memoria, violencia y utopía: representaciones contemporáneas de la Guerra Civil española*, Madrid, Vervuert Iberoamericana.

HOBSBAWM, Eric J. (1990), *Nations and Nationalism Since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press.

³ Por suerte, en la última década por fin han triunfado obras como la novela de María Dueñas *El tiempo entre costuras*, también base de una serie televisiva (2013 Antena 3) y la novela finalista del Premio Planeta en 2006, *El tiempo de prodigios* de Marta Rivera de la Cruz, que ofrecen una visión matizada del pasado, ofreciendo héroes anti-nazi ficticios españoles, bien situados dentro del contexto histórico del primer franquismo.

ISRAEL GARZÓN, Jacobo – BAER, Alejandro (eds.) (2007), *España y el Holocausto (1939-1945): Historia y testimonios*, Madrid, Federación de Comunidades Judías de España: Hebraica Ediciones.

JULIÁ, Santos (2009), *Hoy no es ayer. Ensayos sobre la España del siglo XX*, Barcelona, RBA Libros.

LINHARD, Tabea Alexa (2014), *Jewish Spain A Mediterranean Memory*, Stanford, Stanford University Press.

MUÑOZ MOLINA, Antonio (2006), “Notas escépticas de un republicano,” *El País*, 24 de abril, asequible en: http://elpais.com/diario/2006/04/24/opinion/1145829604_850215.html, fecha de consulta: 18 de noviembre de 2015.

PAYNE, Stanley (2007), *Franco and Hitler: Spain, Germany, and World War II*, New Haven, Yale University Press.

PRESTON, Paul (2012), *The Spanish Holocaust*, New York, W.W. Norton.

RIQUER, Borja de (2010), “La dictadura de Franco”, en Josep Fontana–Ramón Villares (eds.): *Historia de España*, 9, Barcelona, Marcial Pons.

RIVAS, Manuel (2006), *Los libros arden mal*, Barcelona, Alfaguara.

RIVERA DE LA CRUZ, Marta (2006), *El tiempo de prodigios*, Barcelona, Planeta.

RUEDA LAFFOND, José Carlos (2013), “Memoria televisiva y representación de la identidad: la «españolización del Holocausto»”, *Bulletin of Hispanic Studies*, 90/8, 965-981.

TRIANA-TORIBIO, Núria (2003), *Spanish National Cinema*, New York, Routledge.